

Los cristianos y la construcción de Europa

Por Jean WEYDERT, S. J. *

Se señala y describe en este artículo la realidad y el sentido de la presencia cristiana en el movimiento de unificación europea desde 1945 hasta nuestros días.

AYER Y HOY

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, en una Europa amputada de los países del Este, hemos podido ver esbozarse un potente movimiento en favor de la unión. Este movimiento se inspiraba en tres motivaciones principales:

— el deseo de acabar definitivamente con los conflictos que repetidas veces y aún muy recientemente habían dividido Europa y el mundo;

— la preocupación de instaurar en unas bases sólidas un régimen de democracia en la libertad y el respeto del derecho, tanto en oposición al nacional-socialismo como al comunismo soviético;

— el sentimiento difuso de la necesidad que tenían los europeos de unirse, primero para sobrevivir, y también para afirmar su identidad en un mundo en plena mutación.

Los «Padres» de Europa

Un determinado número de hombres políticos estimaban que para alcanzar estos objetivos, había que crear unas autoridades europeas, dotadas de competencias limitadas, pero de poderes reales. Entre estos, se encontraban tres católicos convencidos: Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi y Robert Schuman. Resulta muy

* Director de la Oficina Católica de Información sobre los Problemas Europeos (OCIFE).

J. WEYDERT, S. J.

difícil aclarar lo que en su proyecto era fruto de un juicio político y lo que se inspiraba en una visión cristiana de la sociedad. Otros hombres con otras creencias se habían lanzado también con ellos en la misma vía. A lo sumo puede decirse que no era nada sorprendente ver a unos hombres políticos cristianos comprometerse al servicio de una empresa destinada a consolidar la paz y salvaguardar unos valores fundamentales. La opinión católica era en su conjunto favorable a esta empresa.

La acción de Pío XII

El Papa Pío XII estaba en favor de ella. Efectivamente, el Sumo Pontífice no perdía oportunidad de apoyar los esfuerzos emprendidos de cara a realizar la unión de Europa. Dos ideas volvían frecuentemente en sus alocuciones respecto a esta cuestión: la unión de Europa debe servir la causa de la libertad y de la paz en el mundo; debe basarse en la percepción de valores espirituales comunes entre los que el más precioso es el cristianismo que la marcó tan profundamente. Pío XII atribuía una gran importancia a esta unión; veía en ella un imperativo del momento, un objetivo político supremo; estaba impaciente por verla instaurarse.

Nuevos problemas

Han transcurrido unos treinta años desde aquel entonces. La unión de Europa no está acabada, pero la Comunidad europea es hoy una realidad económica y política imponente. Sin embargo, la construcción de Europa no tiene ahora el mismo impacto en la opinión como lo tenía inicialmente. Se han alcanzado los objetivos de partida en cierta medida. La Comunidad europea parece tener cierta dificultad a pasar a la fase de la unión política. Es ahora una máquina pesada, un organismo de gestión que trata unos problemas técnicos por los que puede difícilmente apasionarse la opinión pública. Se identifica en cierta manera con un neocapitalismo cada vez más puesto en cuestión.

Aparecieron nuevos problemas: el surgimiento del tercer mundo, la puesta en cuestión de una sociedad industrial demasiado exclusivamente orientada hacia la producción y el consumo de bienes materiales, la contaminación, la inflación, el paro, el problema de la energía, el de la humanización del trabajo. Estos grandes problemas de la sociedad son ahora los que preocupan a los europeos y particularmente a los cristianos.

Nuevas motivaciones; nuevo enfoque cristiano

Sin embargo, aparece cada vez más que estos problemas son de tal magnitud que no pueden ser solucionados por los Estados na-

cionales. Ahora bien, lo que los países de Europa no pueden hacer por sí solos, ¿no pueden intentar hacerlo juntos? ¿Es que no se encuentran lo suficientemente cercanos a todos los niveles para intentar aportar unas soluciones comunes a estos problemas, unas soluciones en las que la personalidad de Europa se afirmaría al mismo tiempo que su papel al servicio de la justicia, de la libertad y de la paz en el mundo? Aparecen unas nuevas motivaciones que vuelven a subrayar la necesidad de la unión de Europa, pero también la de definir sus objetivos. Es el porvenir de los europeos, el tipo de sociedad que quieren construir juntos, su sitio y su papel en el mundo de hoy lo que está en cuestión.

En esta nueva perspectiva, podemos ver esbozarse en los cristianos una renovación del interés por la construcción de Europa. Los episcopados empiezan a hablar de ello. En 1976, por ejemplo, los obispos de Bélgica publicaron una declaración sobre la «vocación de Europa», acompañada de un comentario detallado, titulado «construir Europa». Invitan a los europeos a liberarse de sus egoísmos individuales y colectivos, de la tendencia a la posesión, de la sed de poder, del deseo de hacerse valer. Para dar un nuevo impulso a Europa, es preciso traducir en modelos concretos de acción los ideales evangélicos de justicia y amor.

La campaña para las elecciones europeas dio lugar a diversas iniciativas de organizaciones católicas que van en el mismo sentido. Estas iniciativas no tuvieron quizá toda la amplitud que se hubiera podido desear, pero no se quedaron sin efecto. Resulta particularmente significativo que los Presidentes de las Conferencias episcopales de los nueve países de la Comunidad europea (10 Conferencias, porque en Gran Bretaña, Escocia tiene su propia Conferencia) hayan publicado el 19 de abril de 1979 una declaración común con motivo de las elecciones europeas. Subrayan el hecho de que Europa no puede encerrarse en sus fronteras y olvidarse del resto del mundo. La construcción de Europa no puede ignorar las aspiraciones profundas de los hombres. Los valores espirituales deben poder expresarse en la Europa de mañana. La unión europea no puede realizarse sin un espíritu de apertura y fraternidad, de respeto y de acogida respecto a los demás. Una Europa más unida debe traducirse en una solidaridad entre los más favorecidos y los más pobres. La crisis económica que atravesamos nos impone proceder a la revisión del estilo de vida occidental en el sentido de las exigencias de una vida evangélica hecha de sencillez. Los católicos deben sentirse concernidos por lo que está en juego en esta elección.

Es preciso subrayar igualmente que las Iglesias protestantes que, en los años 50, tuvieron a veces una posición reservada con relación a la «pequeña Europa», se interesan profundamente en la nueva problemática. Ellas también adoptaron diversas iniciativas y publicaron declaraciones, particularmente con motivo de las

J. WEYDERT, S. J.

elecciones al Parlamento europeo. Señalemos finalmente que en varios países, particularmente en Gran Bretaña y Holanda, las elecciones europeas dieron lugar a iniciativas ecuménicas con la participación de la Iglesia católica.

PRESENCIA DE LOS CRISTIANOS EN LA EUROPA QUE SE ESTA CONSTRUYENDO

Los cristianos están, pues, presentes en la Europa que se está construyendo. Su acción es relativamente discreta, lo que tiene la ventaja de demostrar que es de otra naturaleza que la de los numerosos «Lobbies» políticos o profesionales que intervienen en Bruselas o ante el Parlamento europeo. Hay que reconocer también que esta acción sigue siendo la de una minoría de cristianos. La mayoría de ellos piensan y actúan en el marco de sus respectivos países y quizá no hayan aún captado plenamente lo que está en juego en la construcción europea.

La O. C. I. P. E.

Una primera iniciativa había sido tomada en 1950 por los Presidentes de las organizaciones internacionales católicas que habían creado en Estrasburgo un «Secretariado para los Problemas Europeos». Sólo duró cuatro años, pero el obispo de Estrasburgo, en 1955, decidió resucitar la empresa y creó, con la ayuda de la Compañía de Jesús, la «Oficina Católica de Información sobre los Problemas Europeos» (OCIPE). Esta Oficina, cuya sede se encuentra ahora en Bruselas, trabaja en colaboración con personalidades cristianas de diferentes países de Europa, la Conferencia de las Organizaciones Internacionales Católicas y el Comité de continuidad de la Conferencia europea «Justicia y Paz». Sigue desde hace veinte años los trabajos del Consejo de Europa y de la Comunidad Europea; divulga información y reflexión cristiana sobre aquellos trabajos mediante una publicación y unos coloquios internacionales. Con el «Hogar Católico Europeo» de Bruselas, ofrece a los funcionarios europeos unos grupos de discusión. Unos contactos informales se han desarrollado con la Comisión de las Comunidades europeas, particularmente con su dirección general para el Desarrollo. Un proyecto realizado en común con el «Centro Ecuménico para Iglesia y Sociedad» (organismo de las Iglesias protestantes y anglicanas) es la «Joint Task force» que tiene como objetivo el de seguir de una manera crítica, sobre la base de una reflexión cristiana, la política de cooperación al desarrollo de la Comunidad Europea. Elaboró un **memorándum** bastante bien acogido sobre la convención de Lomé. Otra iniciativa común del «Centro Ecuménico» y de la «OCIPE» es la organización de coloquios sobre los objetivos de la Comunidad Europea. Durante uno de estos coloquios, el Presidente de la Comisión europea, Sr. Jenkins, sub-

rayó las buenas relaciones existentes con la Comisión. En determinados campos especializados, se inició una cooperación práctica con organizaciones y obras de asistencia de Iglesia, en el marco de la colaboración de las organizaciones no-gubernamentales (particularmente en el campo de la ayuda y de la educación al desarrollo). Las organizaciones católicas estructuradas en el plano internacional han creado o van a crear unas estructuras europeas.

Las representaciones de la Santa Sede

En lo que se refiere a la presencia oficial de la Iglesia ante las instituciones europeas, el Vaticano manifestó su interés desde el inicio. En 1948 ya, Pío XII había enviado un representante al Congreso europeo de La Haya, a continuación del cual se creó el Consejo de Europa. En noviembre de 1970, un observador permanente, con el título de Delegado especial de la Santa Sede ante el Consejo de Europa, y un Nuncio Apostólico ante la Comunidad europea, habían simultáneamente sido acreditados. Estos nombramientos se basaban en el principio de que la Santa Sede, como personalidad de derecho internacional, representa la Iglesia ante las organizaciones intergubernamentales. El mismo principio llevó recientemente al nombramiento de un representante de la Santa Sede ante la Organización de los Estados Americanos. La misión del Nuncio ante la Comunidad europea consiste esencialmente en tomas de contacto e intercambios de informaciones en lo que se refiere a las cuestiones que tienen unas implicaciones pastorales, así como en relaciones diplomáticas que la mayoría de las veces adoptan la forma de encuentros de persona a persona. En estas oportunidades, el Nuncio puede demostrar que, desde el punto de vista de la Iglesia, se tiene un gran interés por las grandes cuestiones de nuestra sociedad. Por otra parte, está invitado a asistir a las sesiones del Parlamento europeo.

EI S. I. P. E. C. A.

Para intensificar la información y la toma de conciencia de los responsables de la Iglesia en los diferentes países de Europa occidental en materia de cuestiones europeas y para asociar más a los obispos y a las Conferencias episcopales a las responsabilidades pastorales correspondientes, la Santa Sede creó en Bruselas en 1976 el «Servicio de Información Pastoral Europea Católica» (SIPECA). Su principal tarea consiste hasta ahora en informar regularmente y en sensibilizar a los responsables de Iglesia en los diferentes países mediante contactos periódicos con las Conferencias episcopales y mediante la publicación de un boletín de información mensual. Este boletín trata acerca de los desarrollos en el seno de la Comunidad europea y del Consejo de Europa

J. WEYDERT, S. J.

susceptibles de interesar a la Iglesia, así como de las iniciativas europeas tomadas en determinados países. La OCIFE está evidentemente en relación de trabajo con el SIPECA así como con los representantes de la Santa Sede.

Evolución más reciente

Dadas las incidencias pastorales de los problemas de los que se ocupa la Comunidad europea (trabajadores migrantes, cooperación al desarrollo, intercambios entre las personas, etc.), era normal que los obispos desearan, ellos también, estar presentes en ellos. Se tomaron unos contactos entre las Conferencias episcopales de los países miembros de la Comunidad europea. Además de la declaración común para la elección europea, están impulsando la creación de una Comisión episcopal para la Comunidad europea. Sin embargo el proceso de unificación de Europa occidental, y por tanto de la Comunidad europea, no debe hacer perder de vista la dimensión paneuropea de una historia y de unos valores comunes, culturales, religiosos y éticos. Como lo recordaba recientemente Juan Pablo II, la Iglesia se preocupa por el porvenir del conjunto de Europa, en el Este y en el Oeste. El «Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas», creado hace ya varios años, manifiesta que la Iglesia se toma en serio esta más amplia dimensión. Hay que señalar que las Iglesias miembros del Consejo Ecuménico de Ginebra, por su parte, han constituido dos estructuras, una para el conjunto de Europa, la «Conferencia Europea de las Iglesias», otra para la Comunidad europea, la «Comisión de Iglesias para la Comunidad Europea».

La Iglesia no tiene intereses propios que defender ante la Comunidad europea. El sentido de su acción es esencialmente el de actuar por los que no tienen los medios de hacerse oír: los trabajadores migrantes, los parados, nuestros compañeros de los países menos desarrollados, las regiones pobres de la Comunidad. Si estos argumentos resultan convincentes, si se esfuerza para realizar entre sus filas lo que proclama, se la tomará en serio. La palabra del Evangelio «perder su vida para ganarla» es para la Iglesia una norma de vida.

PRINCIPALES CAMPOS DE ACCION PARA LOS CRISTIANOS

Más allá de los problemas técnicos e institucionales o de las tomas de posición política que suscita la construcción de Europa, los cristianos tienen que hacer frente a los objetivos profundos de esta construcción. Les pertenece contribuir a buscar y promover los comportamientos y las acciones que puedan mejor servir la causa de la justicia y de la paz y que estén más en conso-

nancia con el Evangelio. Algunas orientaciones merecen ser precisadas.

El reparto con los países pobres

La unión de Europa no es un fin en sí. Su razón de ser es la de marcar una etapa hacia una organización más justa y más pacífica.

En la misma Europa, hay grandes diferencias de nivel económico entre países y regiones. La solidaridad debe practicarse en el seno de la Comunidad. En particular, debe manifestarse con motivo de la adhesión de los tres países mediterráneos que van a ser miembros de esta Comunidad.

A su vez, la Comunidad europea debe ser solidaria con los países del tercer mundo. Ya está vinculada con una serie de ellos mediante acuerdos de cooperación. Al respecto, dos grandes preguntas se plantean.

La primera es el saber lo que la cooperación de la Comunidad aporta a estos países. ¿Busca ésta satisfacer las necesidades esenciales de las poblaciones (alimentación, salud, educación, empleo, vivienda...)? ¿Es ésta destinada en primer lugar a los que más la necesitan? Los organismos cristianos de ayuda y cooperación tienen la posibilidad de ejercer su influencia. Pueden, por sus acciones de educación, animación o estudio, completar y, llegado el caso, corregir unos proyectos de desarrollo financiados por la C. E. Al vivir cerca de las poblaciones, pueden ayudarlas a asumir su propio desarrollo de una manera que corresponda a lo que son y a lo que quieren.

El segundo problema es el de una división internacional del trabajo más equitativa. La Comunidad es muy dependiente del tercer mundo para sus abastecimientos en materias primas. Durante mucho tiempo les dictó sus condiciones. Importa hoy actuar de tal manera que las condiciones del intercambio sean más equilibradas en beneficio de los países menos desarrollados. Estos se están industrializando y empiezan a vendernos sus productos manufacturados. En el futuro, es cierto que una nueva división del trabajo industrial deberá instaurarse entre el Norte y el Sur. ¿Va a hacerse esta división a pesar de nosotros o contra nosotros, como consecuencia de violentos conflictos o vamos a participar por propia voluntad? La única manera de recoger el guante consiste en jugar el juego del desarrollo de los intercambios con los países en desarrollo sobre una base que será cada vez menos la de la desigualdad. Por otra parte, es así como podemos tener la oportunidad de superar la crisis económica y la del empleo. Pero ello requiere evidentemente una reestructuración de nuestro aparato

J. WEYDERT, S. J.

de producción y un cambio de nuestro estilo de vida. Nuestra sociedad será menos opulenta, pero la solidaridad entre ricos y pobres se ejercerá de una manera más efectiva, el mejor estar de todos ganará terreno con relación al más-tener de un número restringido de privilegiados. Motivados por la exigencia evangélica de un reparto fraternal, los cristianos deben promover esta profunda transformación. Tienen su papel que jugar para procurar que el encuentro de Europa y del tercer mundo sea efectivamente, según la bonita expresión de Leopoldo Sedar Senghor, una cita del «dar» y del «recibir».

La justicia social y el respeto de los derechos del hombre

El sistema económico de los países occidentales, aunque pueda valerse de unos logros, comprende amplias zonas de sombra. Persisten unas grandes desigualdades en la producción y distribución de las riquezas entre las personas, las categorías sociales, las regiones y los países de la Comunidad. Nuestra sociedad está más orientada hacia la producción de bienes de consumo materiales que hacia la satisfacción de las necesidades educativas y culturales o la mejora de la calidad de la vida. Gran número de personas, particularmente los jóvenes, no se sienten a gusto en ella. Se trata de realizar una doble búsqueda: ¿cómo hacer efectiva en el seno de la Comunidad una solidaridad que permita poner remedio a situaciones de desamparo o a desigualdades chocantes? ¿Cómo promover un estilo de vida caracterizado por una mayor sobriedad, una mayor libertad, una mayor fraternidad entre los hombres? La acción que hay que llevar en este sentido se encuentra con la que debe ser emprendida con respecto a los países en vía de desarrollo. Se referirá a la vez a las instituciones y a las estructuras, a los comportamientos colectivos y a la sociedad, a las mentalidades y a las actitudes personales. Desde estos tres puntos de vista, los cristianos, por su compromiso personal, profesional y político, tienen un papel que jugar. Son éstas, tres maneras concretas de vivir hoy el amor al prójimo.

Un tema se impone cada vez más a la atención de nuestros contemporáneos: el de los derechos del hombre. Bien comprendido, es parecido a uno de los datos fundamentales de la fe cristiana: la inalienable dignidad del hombre creado a imagen de Dios y llamado a compartir su vida. Hoy en Europa, uno se preocupa con justa razón de las violaciones de los derechos del hombre registradas en tantas partes del mundo. Pero ¿nos preocupamos lo suficiente respecto a lo que pasa en Europa occidental? La tendencia es la de felicitarse por el hecho de que los derechos y las libertades fundamentales están mejor respetados que en muchos otros lugares. Pero ¿damos suficiente importancia a los nuevos problemas, a veces terribles, que plantean el desarrollo de la informática, de lo nuclear, de los medios de comunicación de masas,

de la investigación médica y biológica? Unos millones de trabajadores emigrados han participado de la prosperidad de la Comunidad. A pesar de las facilidades que se otorgaron a los súbditos de la Comunidad, la gran mayoría de ellos, procediendo de países exteriores, son considerados como una mera mano de obra que se utiliza cuando se necesita y que se rechaza cuando ya no sirve, cuando aquellos hombres y aquellas mujeres tienen necesidades y derechos humanos—derecho a la seguridad, derecho a la reunión de las familias, derecho a su propia cultura...—que no les están garantizados. ¿Qué hace la Iglesia, qué hacen los cristianos frente a este inmenso problema en los países de salida y en los países de acogida?

Los fundamentos de la unión

Es sobre el respeto de los valores propios de cada país de la Comunidad y de los que son comunes a todos como se fundará la unión europea. Estos valores deben ser respetados de la misma manera como se hará en la unión.

Recalquemos primero que la unión bien comprendida no es de ninguna manera sinónimo de uniformación. Debe ser, por el contrario, el medio de afirmar una identidad europea que es la resultante de la identidad de cada pueblo. Si permanecemos divididos, corremos el riesgo de perder esta identidad y de sucumbir a las fuerzas de uniformización y nivelación que se ejercen en la actualidad en el mundo; sufriremos las leyes de los poderes económicos transnacionales y de las superpotencias.

Porque comprende el respeto de estas diversidades, la unión implica el diálogo entre los que la constituyen. Ahora bien, aún se encuentran demasiado en cada país tendencias a replegarse en sí mismos, a no manifestar ningún interés por el vecino, a desconocer profundamente lo que éste es, a sentir desconfianza o miedo con respecto a él. Esta tendencia se manifiesta hasta en el seno de la Iglesia. ¿Falta de apertura de las comunidades cristianas? ¿Dificultad para aceptar unas diferencias culturales que son y seguirán siendo una de las características de Europa? La Iglesia, quizá más en Europa que en cualquier otro sitio, da demasiado frecuentemente la imagen de una separación entre unidades nacionales que están, sin duda, unas y otra vinculadas con Roma, pero que comunican poco entre sí en el plano horizontal. Los cristianos de Europa tienen dificultad para aceptarse diferentes unos de otros. No prestan suficiente atención a todo lo que les une y no buscan suficientemente cómo trabajar juntos. Hay que intensificar los esfuerzos para hacer la unidad.

Respetuosa de las diversidades, la unión no se conforma sin embargo con el *statu quo*. Requiere ciertos cambios en interés del

J. WEYDERT, S. J.

bien común. Únicamente es esto posible si cada uno está dispuesto a aceptar los costes que ello implica. Buscar el bien común de Europa es aceptar los cambios que permitirán garantizar el bien de todos los grupos y de todas las personas que la integran. No se puede pretender a la vez querer la unión de Europa y escudarse en la defensa de sus intereses propios, nacionales o de grupo, en contra de los intereses de los demás. Un nacionalismo monolítico es incompatible con la acción por la paz, sea a escala europea o a escala mundial. Lo mismo cabe decir de una determinada concepción demasiado absoluta de la soberanía nacional. Los cristianos deben contribuir en hacer evolucionar las ideas y en superar los egoísmos de grupo o nacionales.

Finalmente, no nos olvidemos de que Europa permanece inacabada. Impedidos de participar actualmente en una unión institucional y política, los países del Este son parte de Europa y no debemos olvidarlos. Debemos prestar una particular atención en oír a los pueblos de estos países y hablar con ellos. Ellos también desean iniciar el diálogo con nosotros y tenemos mucho que aprender de ellos. Debemos aprovechar cualquier oportunidad de contacto y de intercambio con ellos.

Los cristianos están, pues, afectados por la unión de Europa. Pero no quieren cualquier Europa. Les pertenece enjuiciar de una manera crítica lo que pasa, expresar su rechazo de determinadas evoluciones, hacer resaltar los objetivos que hay que perseguir y los valores que hay que promover. No pueden permanecer espectadores. Deben incidir a través de su acción personal y colectiva en esta empresa que puede tener tanta importancia para Europa y para el mundo.